

## LA LITERATURA COMO FORMA DE VIDA Y CONOCIMIENTO

CON la humildad que siempre le caracterizó y pleno de lucidez en su intuición, afirmaba Machado acerca de la poesía: "El pensamiento todo lo convierte en superficie... La fuerza poética es de visión y de sentimiento, no de dialéctica".

No estaría de más indicar que la fuerza del sentimiento provoca y condiciona determinada forma y manifestación de *dialéctica*, si bien no de raalante mental. El *pensamiento* puede juzgar a los contrarios y de un sistema de oposiciones —más o menos pertinentes— extraer todo un desarrollo progresivamente enriquecedor y enriquecido. También el *sentimiento*, no cabe duda. Y de una manera especial la *visión*, puesto que participa de más amplias y complejas posibilidades, donde la parcela del pesar no es por completo ajena. Cuando el caballero barroco —tan quevedesco— se sueña rodeado de una cohorte de visiones que lo asedian en orden a la destrucción, la muerte y la nada, con el desengaño siempre al fondo, el pensamiento también juega, soterrado al sentimiento. Y el terrible *estudiante de Salamanca* siente hervir su cabeza bajo la mortecina luz de un quinqué, en los momentos preluiales del estallido sentimental que constituirá su fantástica aventura. Todo esto es cierto, y, a la vez, no contradice nada la *idea-jirón cordial* de Machado, que tantas veces aludió a su saber anárquico, parcelado y un tanto trivial, adquirido a la buena de Dios, por esos pueblos perdidos de casino y rebotica.



Por otra parte el postulado resulta válido en tanto que excluye una determinada forma de hacer poesía, a la vez que se refiere a la inveterada costumbre crítica de estudiar la poesía diseándola por y a través del pensamiento. Efectivamente, existe la zona poética que, para entendernos, vamos a calificar de intelectual o pura, cuyas esencias alquitaradas suponen demasiada circunvolución mental, cierto grado de distanciamiento en el triángulo *poeta-objeto-lector*, y la exigencia de unas minorías iniciadas en aptitud e intencionalidad de captar el mensaje. Pienso, con Machado, que la iniciación en los *misterios Orficos* suscita segregación y enfrentamiento, al tiempo que hace crecer la exquisita sensibilidad diferenciadora de razas de culturas. Veamos unos versos

*¡Si, mar, gran mar de delirios dotado.  
Piel de pantera y clámide celada  
Por tantos, tantos ídolos del sol,  
Ebrida de carne azul, hidra absoluta  
Que te muerdes la cola refulgente  
En un tímulo análogo al silencio.*

VALERY

Hermetismo, sin duda, ¿Para quién se ha fabricado esta poesía? ¿Que colectivo humano puede sentirse identificado con estas trazas de creación? Y no se hable de *popular* y *culto*, porque son dos términos que apenas superan la tontería discriminatoria, convencionalmente inventada por unos hombres para sentirse superiores a otros. Y en último término siempre serán profesores —es decir, profesionales del estudio de lo que sea, triste cosa y actividad a *eso* reducida— quienes vengán a poner orden y clasificación con sus distingos y sutilezas matizadas. Y entonces sí, parece claro que todo queda en iniciación y minoritarismo, a la mayor gloria de los césares de la cultura establecida. Cada objeto con su papelito y su alfiler: como precisa obra de sutil entomología. Pero leamos de nuevo.

*Dadme el silencio, el agua, la esperanza,  
Dadme la lucha, el hierro, los volcanes,  
Apegadme los cuerpos con imanes,  
Acudid a mis venas y a mi boca:  
Hablad por mis palabras y mi sangre.*

NERUDA



¿Qué decir ahora? ¿Popularismo, cultura, iniciación? Las *minorías*, siempre, juanrramonianas quedan pulverizadas. Aquí hay palpito que vive y se siente. Versos hondos. Palabra sonora que, por encima del artificio, es capaz de conmover. Esto es vida encerrada a presión, en las imágenes que volverán a vivir cada vez que sean leídas, porque la cordialidad será el fondo móvil del hontanar que mana y fluye y nunca se remansa buscando la inmovilidad. Aquí existe toda la impureza comunitaria que seamos capaces de imaginar. Aquí las mayorías —es decir, los hombres, todos los hombres— se ven reflejados y se sienten destinatarios y protagonistas, a la vez, experimentan que la poesía y el poema se vuelven a realizar con la lectura, porque nacieron como algo abierto y sin terminar, suscitador, sin ánimo de obra quieta y firme, dispensadora de mensajes lúdicamente fijados.

Y sin embargo, todo esto es lo menos importante, porque la gran falacia deviene dogma en alas del estudio y de aquello que se llama *crítica*, universo en el que todo se detiene y eterniza con el definitivo alfilerazo. Es increíble la capacidad integradora de los estudios oficiales; la estatua que nació para vivir en la plaza pública, es encerrada en el museo de la ciudad, bajo siete llaves, donde, de cuando en vez, se le da brillo y limpia el polvo. Y además, se paga por verla. Creo que la metáfora es válida para la literatura. Extraños mandarines la han secuestrado y se han alzado en sus guardianes, nadie sabe por qué ni cómo. La celan cuidadosamente y, al final, por lo que se refiere a nosotros —lectores ávidos, estudiantes mediatizados, profesores institucionalizados, plenos de burocracia, administrativos en suma— han llegado a convertirse en franca entelequia, sombra lejana del arte, exangüe y superficializada. El bíblico *todo verdor perecerá* puede traducirse aquí por su paráfrasis: *todo vigor ha perecido*. Hemos reducido la literatura, torpemente, a un conjunto inarmónico de datos, que partió de la erudición libresca —nuestros ancestros crítico-expositores al menos eso tenían— y está terminando en ingenuo juego de relaciones formales, imitación simplista de métodos heredados de las ciencias naturales. Se mata el arte y se crea, en su lugar, una *ciencia*. Al menos en la terminología babélica que debemos aceptar —y soportar— pacientemente cada hora. Y ésta sería la gran cuestión: especializarse en terminología, porque apenas queda tiempo para otra cosa, terminando por montar de nuevo el platónico ringlado de la pertinencia o no *palabra/obejo*.

En suma, se trata de la poesía —literatura— convertida en misterio para unos pocos iniciados, que a su vez volverán a iniciar... La cadena cir-



cular o el tornillo sin fin. Entre la Historia literaria, los problemas de orígenes e influencias, la originalidad, las fuentes y el complejo entramado de un sistema formal *a la páge* se pierde sin remedio la literatura. Para vergüenza y llanto de los esforzados creadores. Pero qué más, si los mismos poetas ponen su punto de ambición suprema en alcanzar el grado profesional de profesores de literatura. Después de todo esto, para que la cultura occidental sea verdaderamente esférica, solo faltará el diluvio.

Machado tiene razón, una vez más, como casi siempre. Porque todo este andamiaje se monta sobre la base del pensamiento intelectual y tomando como pretexto la poesía. El resultado más visible no solo es la conversión en superficie, sino una clara endogamia mental irreversible que acabará —si todavía no lo ha hecho— en computar las diversas letras de un poema y sus distintas formulaciones —como en mis épocas de estudiante oficial se nos explicaba con fruición y en pormenor el problema de la autoría del Lazarillo y la cronología de las primeras ediciones, de donde salíamos sanamente confortados— para extraer no se sabe qué exotéricas conclusiones que a todos nos asombran. Los poetas continuarán clamando

*Y un nihil de fuego escrito  
tras de la selva huraña,  
en áspero granito,  
¡Y el rayo de un camino en la montaña!*

MACHADO

Solo que, perdida la voz entre peñascòs, ignoro si llegaremos a percibir los ecos antes de que las obras completas sean editadas en piel, a ser posible de color vino Burdeos.

## YO Y MI RELACION CON LA VIDA

Valga el poeta clásico a manera de recuerdo: "Homo sum...". En efecto, pretendo ser hombre —persona humana, como ahora tan redundantemente se dice— con toda la expresión cabal que comporta, en cuya parcela difuminada tiene cabida el arte —la literatura— en tanto contribuye a mi dimensión humana y se incardina en ella potenciándola. De ningún modo lo pretendo, ni siquiera lo admito, como evasión superadora



de frustraciones. Mucho menos como profesión de nada, como trabajo capaz de proporcionarme el *primum vivere*, entre otras razones porque no creo que el *deinde filosofare* sea, en efecto, un *deinde* que se derive del *primum* apuntado. Todo lo contrario, un amplio *philosophare* que incide en el arte y la poesía viene a ser la gran base de lanzamiento que potencia los módulos citados de toda índole. Lo demás es burla y superchería, ya que no índice de vigencia cavernaria donde lo prehumano necesita ser, todavía, pulido y despuntado. De ahí que mi relación con el arte y la literatura sea del mismo tono y nivel que mi relación con la vida, hasta el punto de que sólo el binomio *yo/vida* justifica mi dedicación al fenómeno literario. Binomio que no supone dialéctica infecunda basada en el enfrentamiento *per se*; todo lo contrario, viene a constituirse en bifrente vertiente que propicia la síntesis final, superadora de ambos términos, mutuamente condicionados, sin preferencias ni siquiera en el orden cronológico. No soy yo antes que la vida, ni la inversa: somos un *simul* incontestable y unido desde la misma raíz, única forma de que la dialéctica sea real, auténtica y fecunda. Todo lo que propicie la vida enriquecerá mi yo. Y cuanto sea capaz de acrecentar los átomos de la *mismidad* que me sustantiva y caracteriza, redundará en la plenitud continuamente perseguida de la vida que me rodea y asume. Recordemos el aparente y profundo Don Jorge

*Nuestras vidas son los ríos  
que van a dar en el mar...*

¿Cuántas veces lo hemos leído? ¿Cómo nos resuena el tópico? Y sin embargo la Edad Media no está tan lejana, valen la idea y el sentimiento, que punzan como dardos nuestra sensibilidad presente —tan lejana— y actúan sobre ella a manera de revulsivo. Esa es la cuestión, y no precisamente hamletiana: las ideas comportadas, los participados sentimientos, sustentadores únicos de la creación artística y toda su secuela de formas. Cuando Miguel Angel termina y martillea el *Moisés*, para que hable, ha hecho dos cosas sobre las demás. Por una parte ha encerrado en informe pieza de mármol un complejo sistema intelecto-sentimental. Por otra, su deseo de que hable viene a ser exponente de particular estado anímico evidente de otro sentimiento peculiar. La raíz y los efectos son sentimentales y mentales. En el centro, como punto de relación y objeto atractivo, queda el arte, llámese estatua, poema, sinfonía... Todo es vida o pretende serlo. Y ahí está el secreto a voces —aunque tan difícil de aprehenderse, por otra



parte— de la creación. Bastaría parar mientes en la palabra *creación* para simpatizar con que pretende —y logra— dar vida. ¿Qué más da que digamos Creación del Universo, creación humana, creación artística? En definitiva se trata de hacer brotar vida de la desconocida fuente, incluso cuando es el tema de la muerte el que se adelanta y sobrecoge

*Miré los muros de la patria mía,  
si un tiempo fuertes, ya desmoronados*

La eternidad, no cabe duda, habla de muerte y aniquilación; pero el poema hiere la imaginación con sorpresa y pica en cierto grado de paradoja, de tal modo que, al final, el excitante provoca deseos de vivir precisamente por la contémplación de la ruina, por la presencia cercana de la muerte que se descubre. La razón está en que el hombre es biotrófico por naturaleza y la literatura no puede hacer otra cosa que refrenar esa realidad, incluso a contracorriente.

Todo esto lo pienso para mí. También para los que han sido, son y confío que continúen siendo mis alumnos. La literatura nos une o separa —es decir, nos humaniza o discrimina de lo humano— en tanto que produce estímulos vitales, del orden que sea. En tanto que nos extrovierte y relaciona —catarsis o no al fondo— porque, en caso contrario, la literatura no solo no vivifica, sino que persigue la muerte a partir del germen nocivo de la soledad y el aislamiento, tan antihumano por contraproletario, como recordaba denosamente Juan de Mairena.

## ENTRE MOTIVOS Y METODOS

A vueltas con todo esto vengo a la conclusión de que la literatura en cuanto arte resulta inaprehensible si la desprendemos de la carga ideológica que comporta, es decir, si queda reducida a esqueleto de puras formas, por más relacionadas que puedan estar entre sí. El andamiaje formal de que a veces hablamos —y no se diga la descarnación estructural, hoy un tanto en desuso— constituye una zona muy atractiva, pero inocua por sí misma. Por ende, el arte literario nunca será un sistema *intra-externo* que cristaliza —o se aísla— en pura formalización, sino el conglomerado de una *materia* muy definida, manipulada lo suficiente para que alcance determinados grados de transformación respecto de la realidad que le sustenta.



En este sentido, las ideas constituyen el acervo inagotable e inagotado —en ocasiones, ni siquiera utilizado en su mínima expresión— del que continuamente partimos y al que, por necesidad, desembocamos. Es el abrevadero común. Si él no las ofrece y el lector no las exige, ni siquiera —todo es posible— sabe encontrarlas, no serán problema del fenómeno literario, ni aún de los tópicos a la manera tradicional. Fue pura cuestión de ineptitud. Porque hay que tener pereza y ser pobre de espíritu —y no evangélico— para seguir admitiendo el clásico y falaz *nihil novum* o el medio y gris *todo se ha dicho*, de La Rochefoucault. Del mismo modo puede afirmarse lo contrario. Nada se ha dicho todavía porque cada periplo de la Historia tiene sus propias dinámica y exigencia, distinta de los anteriores y complementaria de todos. Y cada hombre viene a ser un mundo completamente distinto, que se renueva y contradice por su misma esencia y naturaleza. En consecuencia, habrá que descubrirlo todo para él cada vez, lo que supone renovación y cambio constantes, fecunda intradialéctica que apenas vislumbramos todavía y que se desarrollará necesariamente.

De ahí que la originalidad en torno a las ideas sea en torpe planteamiento. Y mucho más el pretender que la ideología supone un estadio superado en el devenir del arte. Pese a lo que venimos escuchando con demasiada frecuencia, el arte no es formas y nada más que formas. En esto hemos pasado de un extremo a otro. Tiempo hubo en que se perseguían solo influencias y antecedentes, para calificar al fin las obras de originales o no. Tiempo tenemos hoy de calibrar la literatura por su encarnación formal, descarnándola de lo más vigoroso y esencial: las ideas. Lo que no quiere decir que debemos expresar un sistema o corpus de pensamiento como fruto propio de lo literario. Pero cabe preguntar con simpleza: si un libro no es portador de ideas ¿quién lo será? Ideas de toda índole, que contribuyen a conformar el espíritu humano en su totalidad, integralmente, sin excepciones ni círculos limitados y limitadores. Ideas *cerebrales* e ideas *sentimentales*, como decía un recordado alumno, pero ideas al fin, si bien orientadas al campo del arte.

Esto es claro. No se trata de un *topos noetós* estrictamente filosófico. Más bien un conjunto de ideas actualizadas que contribuyen a determinada concepción del mundo y de las cosas. No puede ser leída una novela sin que su mundo sea un mundo añadido al nuestro. Ni ser espectador teatral, sin que la pieza dramática —sus personajes vivos— mediatice de algún modo interior. Y, sobre todo, es imposible leer unos versos y quedarse solo



en la ineficacia de un juicio de valor. La trascendencia de la literatura estriba en que, junto al ideal estético perseguido y suscitador, comporta posibilidades de cambio y transformación socio-humanos. Si la obra literaria no contribuye a mejorar la calidad de vida espiritual —incluso física— del hombre, habrá nacido muerta y muerto estará el lector que la entienda y admita como diversión posible. Quizá no ha sido así durante siglos porque se partía de supuestos falsos, filisteos y vanidosos. Pero llega un momento en que se convierte en compromiso histórico y humano. El ejemplo de Tolstoy es elocuente: toda su vida creyó estar contribuyendo al cambio social en tanto que escritor. Por otra parte, la llamada literatura comprometida —engagée y también enragée— viene a ser trasunción de nuestra vida contemporánea. Mucho más pendiente del progreso colectivo que del *campanario* individual. Así es. Así debe ser, por lo menos.

Decía un viejo maestro que solo se aprende a leer leyendo. Y a escribir leyendo también. Por mi parte, añado que leyendo se perfeccionan los modos vitales. Veamos tres valores muy cotizados en el mundo intelectual y humano: las *ideas propias*, el *lenguaje personal*, la *expresión rigurosa*. No cabe duda que los tres se incumban y previenen de la literatura más que de cualquier otra zona de la creación humana. El mejor modo de configurar un mundo de ideas propias es frecuentar las fuentes nutricias, cuya mimesis inicial comporta los gérmenes de la diferenciación propia progresiva, por mor de la actividad mental-sentimental que suscitan. Igual sucede con el lenguaje y la expresión rigurosa, certera y elegante. En este sentido pienso que si nuestros políticos de los últimos años hubieran leído más y mejor literatura, otra sería su forma de expresión, menos críptica y más humanizada y elegante.

La literatura entendida como catalizador de arte, pero también —y por encima— de vida humana, hominizada. Por eso mismo, al movernos en el mundo de la enseñanza, se ha de poner especial empeño en no matar lo que puede ser muerto fácilmente. La literatura es una realidad sutil en algún sentido, que se presta a todo tipo de manipulaciones, la peor de las cuales es la del profesor profesionalizado, seguida de la del estudiante torpe que ve a través de ella la posibilidad de obtener un título. Me asustan y entristecen esos alumnos *aventajados* que, a la vuelta de cada vacación, vienen a decirnos que traen nuevos diplomas en literatura *persa*, *norteamericana* o *china*: son los *coleccionistas* a los que se reserva la gloria de las ediciones eruditas —se suelen llamar *criticas*, pero de críticas no tienen





nada— de libros y autores poco asequibles. Momificar la vida es bien triste tarea, y eso es lo que hacemos con denodada frecuencia. Momificar o trivializar, no sé que será peor. Es muy sintomático que casi nunca se explica literatura contemporánea, la que todavía está caliente, por recién sacada de las prensas. Falta perspectiva histórica y crítica, decimos. En suma, se momifica y trivializa eludiendo problemas y situaciones que, por otra parte, vivimos a diario, ¿O será que ni siquiera vivimos

Me gustaría desoficializar la literatura y confío en poder hacerlo alguna vez. No explicar *mi visión* de la literatura, sino exponer su realidad problemática y difícil, establecer las pautas para un análisis a lo hondo y dejar que cada estudiante obtenga su propia visión. Sin exámenes, sin calificaciones. ¿Quién es nadie para juzgar a los demás, quién para valorar la obra de arte y poner calificación al estudio que de ella hace el estudiante? Esto es absurdo porque mata de raíz. Sería preciso evitar toda dimensión disciplinar, limitadora por frustrante, para dejar que fluya el arte, que lo impregne todo, que se haga carne de espíritu en la individualidad de cada estudiante ayudado —sólo ayudado— por la experiencia previa del maestro. Así lo he pensado siempre. Así lo deseo y espero. Con una brizna de esperanza y verdad, porque miro a mi alrededor y creo que hasta la *Religión* la hemos convertido en asignatura y exámenes, como victoria definitiva de la *letra* sobre el *espíritu*. En todo caso, convencido estoy de que existe una tierra de Canaan también para el arte —la literatura— dentro de la enseñanza. Algún día la *pisaremos* en lugar de *estudiarla* sobre un mapa de colores colgado de la pared.

Porque la literatura es *testimonio* y no documento notarial verificable. Es decir, responde a todas las multiformes exigencias del vivir cotidiano sometido a la falta de rigor preestablecido que nos es consustancial. Por tanto, no hay que hacer sociología de la literatura, sino estudiarla como dato social del que partir e introducirla en la vida social que nos vincula, además de la particular que a cada uno nos embarga. Porque si no es testimonio, es evasión. Y ya está bien de manipular conceptos y mensajes, formas y sustancias humanas, en beneficio de no muy claros intereses, donde la cultura siempre queda en un rincón. Motivos políticos y morales —entre otros esgrimibles— en modo alguno pueden justificar que convirtamos la literatura en momia de sí misma. Ya está bien de erudición y detalles formales estructurados. Ya está bien de apariciones. Ya está bien...

Cierta moda vigente pretende que la literatura nunca modificó nada



del quehacer humano y jamás lo hará: es la modestia y limitación de la literatura. No estoy de acuerdo. Mejor cabría decir que no se ha permitido —desde instancias de poder muy concreto y claro que la literatura modifique nada, porque desde siempre la ha dividido en dos grandes zonas: la literatura huera y la *otra*. Naturalmente, la *otra* siempre ha sido peligrosa, porque venía potenciando los valores humanos —libertad, desarrollo espiritual, pensamiento independiente etc.— de donde su remisión al ostracismo, cuando no a la simple persecución. No puedo estar de acuerdo, pese a que los mismos poetas dicen que ni la poesía transforma. Claro está que lo dicen cuando son viejos, cuando apetecen las medallas, cuando necesitan ser conocidos por los que deciden, ya que —en el fondo— todos aspiraban un poco a ello. Y esta es otra forma de manipulación: los brujos de la tribu hablan a la multitud a través de los viejos de la tribu. Y todo se apacigua. Pero hay que volver a los poetas en plenitud de lucha y lucidez. Y estar de acuerdo con el hermoso verso de Gabriel Celaya

*La poesía es un arma cargada de futuro*

cuyo proceso dialéctico parte del reconocimiento —y es producto— de los contextos en que se mueve, para convertirse en catalizador, en elemento transformante del futuro, que empieza y viven en el presente.

Esto entendido, conviene destacar dos datos a manera de colofón o envío. De una parte, el reconocimiento de que la literatura —el arte en su totalidad— comporta gérmenes de talante tal, que provoca en el hombre lector, y por lo tanto partícipe de la creación, el desarrollo progresivo de sus niveles éticos, lo que viene a significar que contribuye a la personal intensificación de un proceso hominizador. En caso contrario, la literatura ha nacido muerta y es un flagrante espacio imperdonable. De otra parte, se impone un presentismo no peyorativo, es decir, la superación dialéctica del pasado como forma absoluta y del futuro como pretensión que todo lo embarga. Todas las virtualidades artísticas deben encarnarse precisamente aquí y ahora, de tal manera que graviten conformadoras sobre el hombre inquietado e inquietante, que vive y se desvela. Es el único modo de cohesión. Porque si la literatura queda anclada en el pasado, es puro dato histórico y no obra de arte. Por el contrario, si mira solo el futuro —vanguardias que serán reconocidas siempre después— entonces quede todo en vaticinios difusos. Volvemos, pues, a los viejos cauces hoy tan abandonados y



resecos: el arte viene del pasado y camina, transformador, hacia el futuro; pero gravitando decidido en el alma del presente, en el aquí, en el ahora, en los hombres que vivimos a la vez y no somos un simple puente, sino meta inexorable, cabal y proyectiva. Lo demás es apenas *verdura de los prados...*

